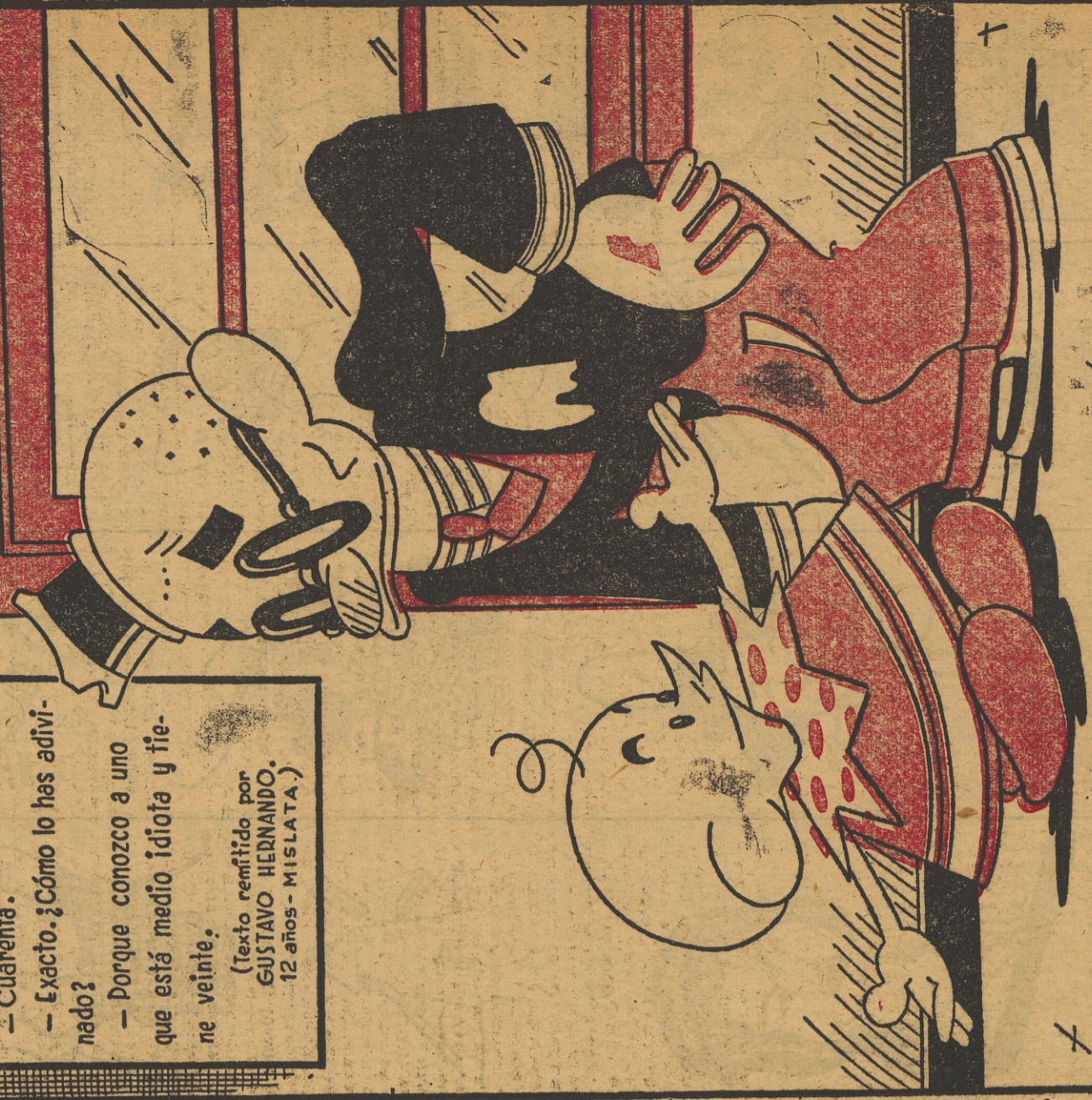


— A ver si sabes cuantos años tengo yo, PEQUE.
 — Cuarenta.
 — Exacto. ¿Cómo lo has adivinado?
 — Porque conozco a uno que está medio idiota y tiene veinte.
 (Texto remitido por GUSTAVO HERNANDO. 12 años - MISLATA.)



El mono Sabio

CAPITULO III

Lo primero que hizo Lapicerín, cuando ya de noche merodeaba por el circo, fue inspeccionar la parte donde estaba instalado el parque zoológico. Le pareció muy anormal todo lo que había sucedido y él estaba dispuesto, no solamente a cazar al león, sino también a esclarecer el misterio que pudiera haber en todo aquello.

De este nuevo examen nada llamó su atención, a no ser una mancha de sangre y un poco de tierra removida en torno a la jaula abierta del león. Y dispuesto a no dejar pasar por alto nada de cuanto sucediera, nuestro muñeco se echó el lápiz sobre el hombro y comenzó a pasear como un perfecto centinela.

Todo fue bien hasta el amanecer. La quietud y tranquilidad que se había establecido en el circo durante la noche, se había roto en el espectáculo de Kock des-...
 ...de los trabajos realizados durante el día.

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

— ¡Pasen, señores, pasen! Sólo por tres pesetas podrán admirar este maravilloso espectáculo. Caballeros, señoras, señoritas, niños, niñas y militares sin graduación. Todos deben ver los inteligentes trabajos del elefante «Zambo» y los no menos interesantes del chimpancé «Periquito»... ¡Pasen, señores, pasen! ¡No hay que esperar!

Lapicerín no salió de su asombro. ¿Cómo era posible que aquella multitud estuviese tan confiada mientras andaba suelto un león?

Nuestro muñequito abandonó aquel lugar donde los músicos y el payaso entretenían a aquel público confiado, y se presentó directamente al propietario del circo.

— ¿Es usted el dueño?— preguntó.

— Mister Kock, para servirte— contestó el aludido con una profunda inclinación.

— Yo soy Lapicerín, el muñequito aventurero.

— Muy bien— alabó mister Kock—. ¿Y qué deseas?

— ¿Es cierto que se ha escapado un león de este circo?

— Exactísimo.

— Me alegro. Vengo a cazarlo.

— ¿A cazarlo?

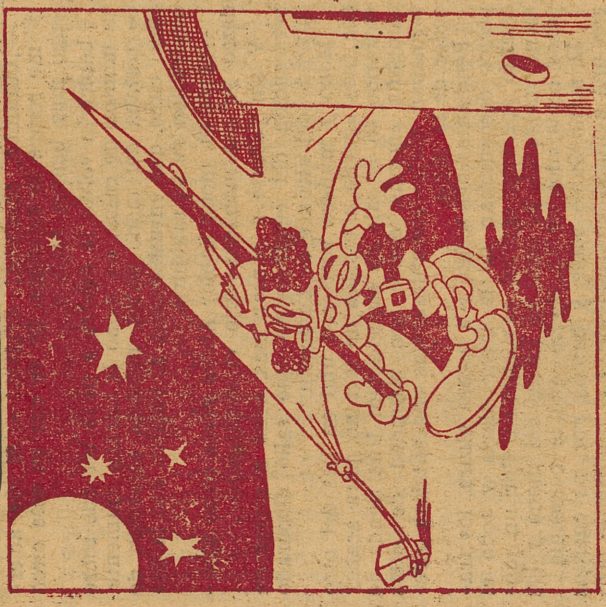
Mister Kock abrió dos ojos como dos ruedas de bicicleta. Le parecía absurdo que un muñequito como aquel creyese que era tan sencilla la caza de un ejemplar del rey de la selva.

— ¿Has dicho que vienes a cazarlo?— repitió.

— Lo he dicho y mantengo mi palabra. ¿Puede

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

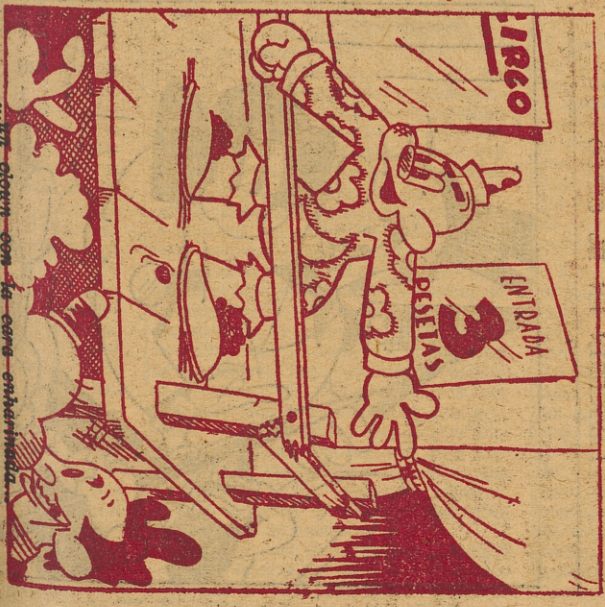
LAPICERIN EN EL CIRCO



...montó guardia en los alrededores.

Lapicerín ya estaba loco, viendo que no conseguía la casa del mono, y arremetiendo contra él, e agarró a un trapecio que descansaba a medio metro del suelo.

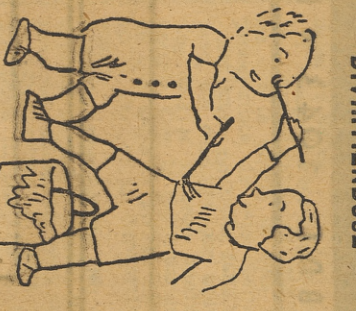
Y en aquel momento, como por arte de magia, el trapecio comenzó a subir, a subir, a subir, lle-



Y sólo Lapicerín se mantuvo despierto entre aquel conglomerado de tiendas de campaña.
 Ya empezaba a clarear, cuando algo pasó rozando la casa del mono, y cayó a tierra un ruido y chocó al chocar contra el suelo. Lapicerín pudo oír el ruido.



Vicentín Brandez, 9 años, Valencia.



Finita Martínez, 13 años, Valencia.



Antonio Penadés, 10 años, Valencia.



José Luis Gaeta, 10 años.



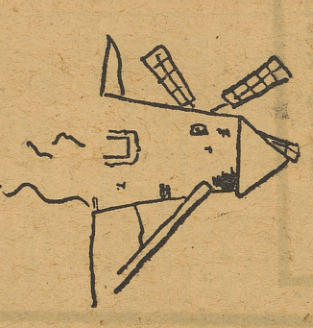
Francisco Martínez



Antonio Ubeda, 13 años, Valencia.



Joaquín Noguera, 13 años, Valencia.



Antonio Bargues, 8 años, Valencia.



J. Noguera, 12 años, Valencia.



V. Genovés, 11 años, Valencia.



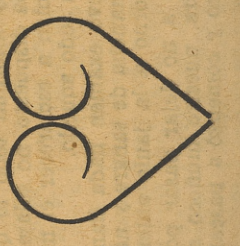
Magdalena Vahó, 7 años, Valencia.



Juan Vea Barchino, 14 años, Valencia.



C. Martínez - 13 años, VALENCIA

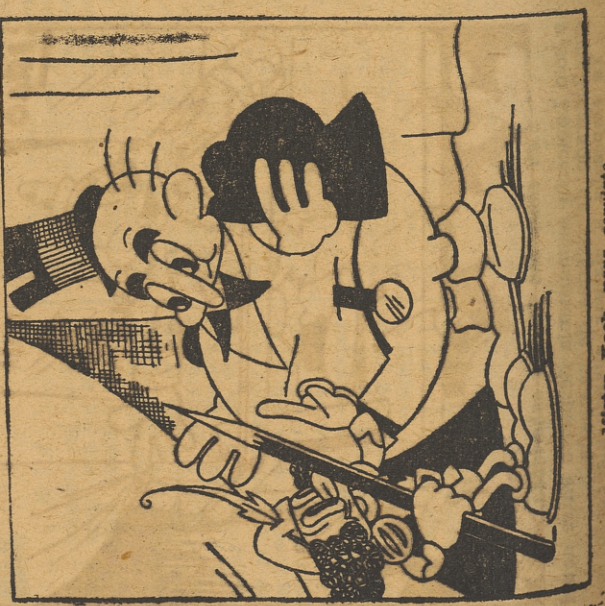


usted declíme dónde estará ahora ese animalito? —¡Quién sabe! Pero no debe andar muy lejos. De todos modos, no le quepa duda que no se alejará mucho de los alrededores del circo. —¡Ojalá sea así!—exclamó Lapicerín—. Pero esté donde esté, ese león no andará suelto mucho tiempo, porque aquí estoy yo para impedirlo. ¿Cuándo ha sabido usted la fuga? —Esta mañana, que al llevarle la comida hemos encontrado la jaula abierta y el león no estaba allí. —¿Ha sido un descuido? —¡Imposible. El guardián de noche la cerró perfectamente. —¿Cuándo vio usted al león por última vez? —Ayer noche, cuando lo presentamos al público. Lapicerín preguntaba a más y mejor. Estaba en funciones de detective y cumplía su papel a las mil maravillas. —¿Vió alguien al león después de la función de anoche? —Creo que nadie. —¿Puedo ver la jaula? —Desde luego—asintió Mister Kock—. Ven por aquí. Y guiando a Lapicerín por entre un verdadero laberinto de tiendas de lona, baúles, cajones, jaulas y casetas, llegaron frente a la jaula que sirvió de domicilio al león fugado. Nuestro amigo la examinó atentamente y vio que tenía unos cuatro metros de anchura por seis de largura; que el suelo estaba cubierto de paja; que en un rincón estaba, abandonado, un gran trozo

«BIBLIOTECA DE EL PEQUE»

LAPICERIN EN EL CIRCO

de carne; que estaba formada por dos barrotes de hierro, a pesar de que la puerta estaba abierta, y se veía un espacio de un metro y medio para entrar y salir. —¿Y qué pasó? —Mister Kock, rápidamente; pidió permiso para retirarse y se fué. Pero en aquella noche montó guardia en los alrededores del circo. —¿Y qué pasó? —Mister Kock, rápidamente; pidió permiso para retirarse y se fué. Pero en aquella noche montó guardia en los alrededores del circo.



CIRCO EN NIÑERÍA

BIBLIOTECA DE EL PEQUE

encia en aquel lugar y había agitado contra su vida. —¡Caramba, caramba!—exclamó—. Si me acelerara, me rompe la calabaza. Se ve que en este circo tengo muy buenos amigos. Lapicerín volvió la cabeza y pudo ver que sobre un montón de cajas, un mono le miraba fijamente. Se trataba del mono Sabio, máxima atracción de aquel circo, que entusiasmaba al público con la demostración de su sabiduría. —¿Eres tú, mono Sabio? Ahora verás cómo agradezco yo tus monadas—dijo el muñequito. Y sin pararse a pensar más, echó a correr en persecución del cuadrumano, que salió disparado huyendo del alcance de Lapicerín. Mono y muñeco corrieron uno en pos del otro por toda aquella extensión de terreno, para acabar entrando en la sala de espectáculo: Una manda de campaña enorme, donde una infinidad de sillas formaban varias circunferencias concéntricas alrededor de la pista. Pendientes del techo, y a escasa altura, los tropecientos descansaban de la labor diaria y todo el recinto aparecía enorme y silencioso. Por un momento poblaron la sala los gritos del mono y los pasos acelerados de Lapicerín, que le perseguía. El mono Sabio subía y bajaba por las cuerdas con una agilidad sorprendente; y el muñequito procuraba seguirle lo mejor que podía. Un momento que le pareció tenerlo a tiro, Lapicerín lanzó el lápiz contra el animalito, pero no consiguió más que clavarlo en una de las paredes de madera, pues el mono pudo librarse haciendo una pirueta.

¿REVOLTILO? COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un hambriento?
—Marcharse de la cocina porque se están pegando las judías.
Vicente Fosati, 12 años. Cabafal (Valencia).

—¿Cuál es el colmo de un chino?
—Comerse la manzana del distrito, 138.
Joaquín Ferrer, 13 años. Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un cartero?
—Repartir las cartas de las barajas.
Luisita del Pozo, 7 años. Benimámet (Valencia).

—¿Cuál es el colmo de un chino?
—Tener una china en el zapato.
Joaquín Ferrer, 13 años. Valencia.

—Niño: no tires del rabo al perro. ¿Te gustaria, que hicieran lo mismo contigo?
Francisco Davila, 12 años. Valencia.

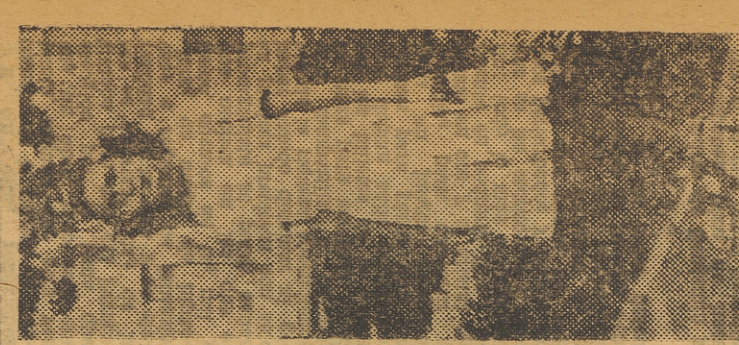
EN LA MESA

La criada.—Señor. ¿Le pongo queso en los macarrones.
El señor.—No, gracias.
La dueña.—¿Por qué?
El señor.—Porque no me gusta que me las den con queso.
Vicente Espert, 11 años. Valencia.

—Niño: no tires del rabo al perro. ¿Te gustaria, que hicieran lo mismo contigo?
Francisco Davila, 12 años. Valencia.

EN LA MESA

La criada.—Señor. ¿Le pongo queso en los macarrones.
El señor.—No, gracias.
La dueña.—¿Por qué?
El señor.—Porque no me gusta que me las den con queso.
Vicente Espert, 11 años. Valencia.



CELIA JUAN
Belleza de la talla número 24,
calle Ermita

ADIVINANZAS

—¿Cuál es el ser que no es ni pez, ni ave, ni reptil, ni insecto; pero que sabe volar, nadar y cantar?
—Solución.—El hombre.
Agustín Herrero, 13 años. Valencia.

—¿Cuál es la sal que más huele?
—La sal-pangatas.
Vicente Ariza, 10 años. Valencia.

A pesar de tener patas no me puedo mover; llevo la comida a cuentas y no la puedo comer.
—Solución.—La mesa.
Miguel Pons Puelles, 12 años. Valencia.



FALLA INFANTIL NUMERO 24.—Comisión de la calle de la Ermita: Presidente, Vicente Moreno; vicepresidente, Félix Oz de Diez; secretario, José Moreno Soto; vocales, Enrique Aparisi, Juanito Bayo, Adolfo Martínez, Antonio Pascual y Vicente Gómez; fallera mayor, Celia Juan; damas de honor, Amparín Moragues y Pilarín Gallart.

EN EL EXAMEN

El profesor: poniendo las manos cerradas sobre la mesa.—¿Dónde está la China?
Peque.—En la mano derecha, señor profesor.
Juan Marco, 14 años. Valencia.

El Peque visita un Museo acompañado de su amigo. No les cobran la entrada. A la salida.



FALLA INFANTIL NUMERO 25.—Comisión de la calle de Azcárraga: Presidente, Salvador Benavent; vicepresidente, Francisco Huertas; secretario, Rafael Tassellari; vicesecretario, Santiago Sesma; contable, Antonio Cuesta; presidente de festejos, Vicente Calvo; vocales, Vicentita Vila Nacher; damas de honor, Vicentita Benavent, Vicentita Vila Nacher; damas de honor, Vicentita Benavent, Pepita Real, Eivirín Genovés y Pepita Romero; falleras, Maruja Benavent y Mari Carmen Blasco.

Los hombres que vuelan

cuero de Bonnard, con las manos en el volante, inclinado hacia adelante, los músculos rígidos, como si su potencia pudiera adelantarse a la que desarrollaba el motor.
De pronto, el hombre se levantó y volvió la cabeza; su mirada, que antes interrogaba el horizonte para buscar la silueta de los monumentos de la Ciudad Eterna, se dirigieron hacia atrás para descubrir al escorado rival.
—¡Maldición!—gritó, viendo que Marchal se acercaba, y que pocos minutos después le alcanzaría, y tal vez le dejaría atrás.
Convencido de que por sus propios medios no podría vencer, se le ocurrió una idea para impedir que su rival triunfara: se en toda la línea; había que cortar el camino a su enemigo, costara lo que costara.
Dejó de darle a su máquina el máximo de velocidad, y desde entonces reconcentró toda su atención en el aparato de Marchal, esforzándose por mantenerse a la misma altura que él.
Marchal comprendió en seguida el objeto de aquella maniobra y se preparó a hacerla fracasar.
Se elevó cuanto pudo, pensando que de este modo su rival no podría oponerse; pero haciendo un idéntico esfuerzo, Bonnard fué ganando las regiones superiores de la atmósfera.
Los que presentaban desde abajo las peripeñas de aquella lucha, procuraban comprender de qué se trataba sin lograr conseguirlo; parecía que la meta hubiera cambiado de lugar, y que en vez de hallarse en el suelo estuviera en los aires.
Los aeroplanos se elevaron de los lugares habitados, encaminándose a través del campo romano, solitario y desierto. De pronto, cuando Marchal iba a hacer una maniobra para ponerse delante, el aeroplano de Bonnard viró ligeramente y se le puso enfrente.
Marchal tocó la palanca y elevó el aeroplano cuando los aparatos iban a estrullarse probablemente.
Volvió a descender y Bonnard siguió de nuevo los movimientos de su aparato. Marchal comprendió cuáles eran las intenciones de su enemigo; pero confiado en la superioridad de su aparato, resolvió pasar delante a todo precio y sin hacer caso del obstáculo.
Dejó la palanca y se mantuvo a una altura media, dando al motor toda su velocidad.
Aquella máquina admirable, obedeciendo dócilmente el impulso de su piloto, siguió vibrante, su trayectoria rectilínea. La audaz maniobra engañó a Bonnard, quien por unos instantes perdió la cabeza viendo avanzar hacia él el gigantesco pájaro.
Evitado este peligro, se halló frente a frente con su terrible y amenazador enemigo.
En seguida comprendió; aquel miserable intentaba otra infamia para perderle.
En el espacio resonó un ruido seco; Bonnard había disparado un tiro y el proyectil pasó silbando a dos dedos del aviador.
Marchal perdió entonces la poca sangre fría que le quedaba.
—¡Ladrón, asesino!—le gritó con tal cólera, que su voz resonó estruendosa. Sacó a su vez el revólver y apuntó a su adversario.
Dos tiros sonaron, uno en pos de otro, pero Bonnard no fué alcanzado.
Los aeroplanos se perseguían, girando el uno alrededor del otro, como dos pájaros que luchan aguardando el momento para agarrarse.
Era una nueva clase de torneo aquel que se libraba en el aire; un torneo nuevo y emocionante.
Marchal, impasible, apuntó otra vez y disparó dos tiros con breve intervalo, como si tirase al blanco.
El aeroplano de Pierre Bonnard cayó como un pájaro herido en su vuelo.
Marchal se había propuesto no herir al hombre, sino al aparato. ¡Tenía derecho para deshacer aquel artefacto, puesto que era él quien lo había imaginado!
Uno de los proyectiles le rompió un ala a la hélice posterior, paralizando de golpe la fuerza propulsora.
El aparato de Bonnard descendió a la campaña romana y se asentó dulcemente sobre sus ruedecillas.
Marchal, al ver aquello, dió un grito de satisfacción, al que respondió un alullido de amenaza.
El Destino abandonaba al enemigo desleal.
Entonces, Marchal le imprimió a su aparato toda la fuerza y a toda la rapidez de que era capaz.

(Continuará)

—¡Ah, no! No, por Dios, no llegará primero, no. Aun cuando tuviera yo que...
Marchal encendió el motor y saltó a la barquilla.
La hélice comenzó a dar vueltas; el cuerpo del aparato se secundó como la fronda azotada por el viento.
—¡En marcha!—gritó con voz temblorosa por la rabia que sentía.—¡En marcha!
Impulsó el aparato hacia adelante y echó a correr por la inmensa llanura.
Un minuto después tendió el vuelo en medio de la gritería que armaron estupefactos los campesinos.
Bonnard le llevaba poca ventaja.
Marchal le vió a unos doscientos metros delante de él, a través de las frescas capas de aire transportado por aquel aparato que él mismo había inventado para que después le hiciera la competencia.
Temblando de cólera dió al motor toda su velocidad.
Tan vertiginosamente funcionaba, que parecía que iba a estallar de un momento a otro, que iba a salir en pedazos.
El aire pasaba silbando a través de las cuerdas, y a lo largo de los planos, que se hincharon bajo la acción del viento.
La lucha final había comenzado.
Los aeroplanos corrían el uno en pos del otro con la velocidad de un proyectil disparado.
Durante algún tiempo, ambos aparatos se siguieron en calma sobre la campaña romana; después, por un esfuerzo sobrehumano, Marchal logró alcanzar casi a su rival.
Bajo ellos desfilaban, como en un sueño, Cerverri, Pulidoro, Fregene, luego el río Arnone, de aguas impetuosas, que corría por el campo abrasado y pedregoso, recorrido por yeguas guiadas por hombres vestidos con piel de cabra.
Cuando pasaron por encima de la vía Amelia, una numerosa multitud les aclamó ruidosamente.
Hasta ellos llegaban los coques de las bocinas de los automóviles, de las motocicletas, que se habían alejado a unos veinte kilómetros de la ciudad, presas de la curiosidad y anhelo que toda espera ocasiona, y a quienes habían extraviado las noticias contradictorias que sobre la llegada de los aeroplanos habían circulado.
Sin preocuparse de aquella muchedumbre entusiasmada y delirante, los dos concursantes volaban a todo correr de sus máquinas hacia la meta, tan próxima ya.
Marchal ganaba terreno poco a poco; el aparato de su enemigo se iba ya en sus menores detalles; hasta los hilos más sutiles se distinguían con toda precisión.
En el pequeño espacio destinado al piloto, se distinguía el

EL PEREZOSO

Benjamín era conocido más por su propio nombre que por el de Pérezoso. Se pasaba los días y las semanas sentado en el umbral de su casa, mirando al infinito, como una estatua.

Vivia de ilusiones, como vulgarmente se dice, y tenía un absoluto desconocimiento de la vida. Trabajar le parecía una cosa sumamente anticuada y despreciable a los hombres que no habían sabido evolucionar y así limitaban a su padre Adán que ya se dedicó a la agricultura en el Paraíso. Tanto inventos por cosas extraordinarias por descubrir y no pensar por un instante en el sistema de vivir en el perpetuo descanso como él lo hacía.

Y en estas reflexiones transcurrió el tiempo de Benjamín. Alguna que otra vez leía un libro, pero éste era escogido por el tema que trataba para que él se enterara de la vida y se enterara de las regiones de fantasía. Otras de magia de hipnotismo, cuentos de las mil y una noches, en los que el protagonista se podía banar en piedras preciosas con solo haber sabido dominar al genio de la riqueza encendiendo una lamparilla a tiempo; sistemas para comprar sistemas por los billetes de la lotería que debían salir premiados; formas para ganar una fortuna en juegos extraños; fórmulas para convertir el plomo en oro y el cristal opaco en pedrería fina... En fin: todo lo más desbaratado que se ha escrito para ciertos perturbados y gentes indolentes que pescan en todas partes sin encontrar por el hecho de llevarla dentro de sí sin saber descubirla.

Los padres de Benjamín se preocupaban poco de hacer por él lo que tanto necesitaba. Tampoco ellos habían trabajado mucho y su fortuna se debía al sudor de sus progenitores que habían sabido extraer de los fértiles terrenos que adquirieron en su juventud en la bella isla de Cuba. Si su hijo no quería trabajar bien podía hacerle correr en muchos banquitos, que ellos tenían cuando este Julio fácil. Además estaba y también se permitían hacerle mucho dinero y las reuniones se continuaban celebrando la aristocrática.

Por todas estas razones y otras muchas que hubieran encontrado si les hubieran forzado a ello pasaba el tiempo de esta manera para nuestro pequeño Benjamín, que se pasaba los días y las semanas sentado en el umbral de su casa, mirando al infinito, como una estatua.

Pero como durante aquel lapso de tiempo se había dedicado a leer algunos de los libros que formaban su biblioteca, se enteró prontamente y sin darse cuenta de ello de la existencia de los libros que se vendían en la ciudad, donde existía un cuarto modesto como una pequeña maleta llena de ropas y lo más escogido entre la «literatura barata» que había hecho sus delicias en más de una ocasión.

Unicamente con esos libros estaba seguro de recurrir a un momento de ocio y pensar muy pronto todo lo perdido y aun más. Estaba dispuesto a hacer dinero en grandes cantidades y de esta forma juego podía permitirle el lujo de descansar hasta su muerte, en cuyo momento se entregaría al sueño eterno y seguiría descansando...

Un programa magnífico. ¿Cómo pensaría llevarlo a la práctica? ...

Al día siguiente fue a la administración de lotería más próxima y compró un billete entero para el sorteo que debía efectuarse al cabo de quince días. Escogió el número con cuidado, luego de haber una serie de cálculos en los que empleó una hoja grande de papel, y regresó a su casa muy satisfecho de la compra. Desde luego que el billete debía ser el premiado con el premio mayor, y como éste era de diez millones de pesetas, ya se podría ir arreglando, había pasado muchas horas trabajando, pero ahora ya estaba tranquilo, y se humbó «a la barbotan» esperando que transcurrieran los quince días.

Y el día en que se efectuaba el sorteo se levantó a media mañana y se acercó lo mejor que supo. Luego, cogiendo el billete, se encaminó a la administración de lotería, y haciendo entrega del mismo a la dueña del establecimiento, le comunicó que le adelantaba el dinero que le adeudaba.

—Aquí está el billete, señora. Son diez millones de pesetas.

La buena mujer casi se desmayó del susto. Luego, mirando a Benjamín atentamente, creyó que se encontraba delante de un loco.

Y el Pérezoso fue tratado desde la administración a la jefatura del distrito, donde le fue aplicada una ducha fría y tuvo que permanecer doce horas en un calabozo.

Al día siguiente, ya en su casa se enteró de que número 2386 con diez millones de pesetas ¡Maldita equivocación! El error se debía, con toda seguridad, a un cálculo efectuado al revés.

Y aunque un poco estigmatizado hizo nuevos problemas para que en el inmediato sorteo no le fuese el sistema. Sin embargo, tantas veces como apostó, tantas veces como vio frustradas sus esperanzas y perdió su dinero.

Decidióse por la alquimia y pensó transformar el plomo en oro, mediante unas operaciones que se detallaban en un libro de su famoso libro. Era relativamente fácil y plausible en su opinión.

Compró una paloma blanca, según le aconsejaba el libro de magia y la quitó la pluma, más larga de su cola. Dejaba en agua durante dos noches de luna y luego la quemó a fuego lento, guardando las cenizas. Puso el plomo a una alta temperatura, y cuando se derritió, mezcló las cenizas milagrosas, mientras leía de corrido una oración muy extraña que era, podíamos decir, como la sal o la pimienta de aquel caldo.

Luego lo dejó todo a enfriar y cubriéndolo con una piel de oveja leyó otra lefama que tenía de todo menos de latín.

Terminadas que fueron estas operaciones, se reñó a descansar, pues había transcurrido cuatro días con sus noches, plenamente confiado de que al día siguiente ya podría retirar la parte que creyese conveniente de aquel metal aurífero, de fabricación propia.

Pero también esta vez tuvo la amarga decepción de ver falladas sus esperanzas. El plomo como antes y no tenía la menor apariencia del metal amarillo. Había fracasado nuevamente en toda la línea y se acercó a zozocar que o bien era un zoque o los libros que tenía no valían ni para regalarlos al precio del papel.

Aún no estaba escarmentado lo suficiente para que un día intentó dominar al genio de la riqueza, como hicieron Aladino. El resultado fue que después de mil caídas y de armarse un escándalo que obligó a levantar a todo el vecindario, cayó la lamparilla al suelo y se le pegó fuego a la cama. Tuieron que acudir a los bomberos y luego de dominar las llamas, obligaron a pagar el gasto y los desperfectos, ya que se pudo comprobar que el siniestro había sido motivado por imprudencia.

Los resultados fueron catastróficos para el Pérezoso. Había perdido todo cuanto poseía y ya no podía leer nunca más aquellos libros que hasta entonces habían sido la única causa de sus trabajos. Pero quedaba este consuelo:

Benjamín quedó encantado. Inquirió varias veces, pensando que también aquel mundo podía estar organizado como él y que sus trabajos podían resultar infructuosos.

Pero con tanta firmeza le aseguró que era cierto cuando le decía y que no era aquella la primera vez que recogía el fruto de su trabajo, que el Pérezoso juzgó más práctico dedicarse a aquellas labores que a lo que hasta entonces había castrizado su atención. Pidió una plaza en la misma casa donde trabajaba el camarero, sin producirle una temporalidad, sin producirle una rebaja de sueldo, y se embarcó para que fuera a trabajar y sembrar nuevamente para que diera más frutos. La cosa resultaba sencilla, y mediante estas operaciones se podía vivir holgado.

Benjamín quedó encantado. Inquirió varias veces, pensando que también aquel mundo podía estar organizado como él y que sus trabajos podían resultar infructuosos.

Pero con tanta firmeza le aseguró que era cierto cuando le decía y que no era aquella la primera vez que recogía el fruto de su trabajo, que el Pérezoso juzgó más práctico dedicarse a aquellas labores que a lo que hasta entonces había castrizado su atención. Pidió una plaza en la misma casa donde trabajaba el camarero, sin producirle una temporalidad, sin producirle una rebaja de sueldo, y se embarcó para que fuera a trabajar y sembrar nuevamente para que diera más frutos. La cosa resultaba sencilla, y mediante estas operaciones se podía vivir holgado.

Benjamín quedó encantado. Inquirió varias veces, pensando que también aquel mundo podía estar organizado como él y que sus trabajos podían resultar infructuosos.

Pero con tanta firmeza le aseguró que era cierto cuando le decía y que no era aquella la primera vez que recogía el fruto de su trabajo, que el Pérezoso juzgó más práctico dedicarse a aquellas labores que a lo que hasta entonces había castrizado su atención. Pidió una plaza en la misma casa donde trabajaba el camarero, sin producirle una temporalidad, sin producirle una rebaja de sueldo, y se embarcó para que fuera a trabajar y sembrar nuevamente para que diera más frutos. La cosa resultaba sencilla, y mediante estas operaciones se podía vivir holgado.

EL PEREZOSO

Benjamín quedó encantado. Inquirió varias veces, pensando que también aquel mundo podía estar organizado como él y que sus trabajos podían resultar infructuosos.

Pero con tanta firmeza le aseguró que era cierto cuando le decía y que no era aquella la primera vez que recogía el fruto de su trabajo, que el Pérezoso juzgó más práctico dedicarse a aquellas labores que a lo que hasta entonces había castrizado su atención. Pidió una plaza en la misma casa donde trabajaba el camarero, sin producirle una temporalidad, sin producirle una rebaja de sueldo, y se embarcó para que fuera a trabajar y sembrar nuevamente para que diera más frutos. La cosa resultaba sencilla, y mediante estas operaciones se podía vivir holgado.

LA HERENCIA DE PANCORBO

UNA AVENTURA DE BÚSCA DE ORO

AL RECUPERAR EL PLANO DE UN FILÓN DE ORO QUE HAN HEREDADO LOS HERMANOS PANCORBO VEN QUE HA SIDO DESCENTERRADO YA EL COPRECITO QUE CONTIENE DICHO PLANO Y SE LANZAN EN BÚSCA DE LOS LABRANES SIGUIENDO LAS HUELLAS, Y VAN A PARAR A UNA CHOZRA ABANDONADA EN LA QUE SE COBIJAN CASCOTE Y SU COMPINCHE

¡TOMA!

¡ELEFANTE!

AL ENTRAR EN LA TABERNA ABANDONADA SON VISTOS ENSEBUJADA POR TIM Y CASCOTE

FIN

